

Carlos Mario Mejía Suárez. *Antonieta de muchos nombres*

Ediciones Alborismos, 2024. 76 pp.
ISBN: 9798321140420

Diego Bustos / Earlham College

En 1928, sólo tres años antes de que Antonieta Rivas Mercado ingresara para nunca salir por la puerta de la catedral de Notre Dame, era publicado en Francia el libro de Lucien Febvre *Martin Lutero, Un Destino*. No es inverosímil imaginar a la mexicana leyendo antes de su muerte la biografía del monje agustino, acaso fascinada por su vida, o para ser estrictos, por la manera en que el biógrafo intenta aprehenderla en su escritura. Acaso intuyó, como el francés, que la suya propia era un intento siempre frustrado por alcanzar la coherencia, una narrativa plausible del fracaso. Comprendió quizás que la letra no era más que el trazo de una derrota. El escribir a pesar de. *Antonieta de muchos nombres*, novela de Carlos Mario Mejía Suárez, adopta como motivo central esta intuición y la convierte en el motor principal de su narrativa. No sólo al cubrir la vida de su protagonista, una constante cadena de decepciones. Sobre todo, mediante una serie de decisiones narrativas que buscan asir de una buena vez la trayectoria vital de la intelectual muerta por su propia mano el 11 de febrero de 1931, durante su última estancia en la capital francesa.

Antonieta Rivas Mercado es muchas cosas, entre otras, una imagen conjetural de sí misma que se ha ido construyendo durante los años, dibujando sus contornos y matices a medida que se va reconfigurando la historiografía del siglo XX mexicano. Gracias a esta novela, contamos además con una Antonieta que se une a aquellas de la película de Carlos Saura o de la biografía de Fabianne Bradu. Según nos cuenta el autor en la introducción, fue precisamente la contundencia de esta última lo que acabó de dar forma a la suya. Una idea que se va proponiendo a partir de imágenes, motivos y momentos específicos que apuntan a la condensación de la trayectoria de la protagonista en unos pocos puntos de fuga, en un puñado de abluciones y vértigos que usan como motivo principal la caída o la disolución.

Antonieta era hija de Antonio Rivas Mercado, arquitecto de esa idea moderna del México que asociamos con el porfiriato y su ángel de la Independencia, presidiendo desde entonces el Paseo de la Reforma. Desde esa altura, y en la novela de Mejía, Antonieta desciende varias veces, empujada por las circunstancias, pero sobre todo por su propio peso específico de mujer nacida antes de tiempo. En una lectura posible, esta Antonieta puede existir como el gesto alegórico de un México que aún hoy no ha asentido con propiedad

las contradicciones y traumas de su modernidad prometida. La alegoría entendida como un síntoma de época y por lo tanto ineludible. Éste es un ejercicio sugerente en tanto el mecanismo novelístico propuesto acude a la fatalidad para hilvanar un relato que se presenta como inescapable. Un descenso que culmina con el pistoletazo en medio del Sena, pero que se repite sin tanta ceremonia ni consecuencias visibles a lo largo de las ochenta páginas de la novela. Antonia como trasunto o comentario necesario.

Con certeza esto es posible. Ayuda mucho que la lógica narrativa del texto, a pesar de las apariencias y un ordenamiento cronológico a rajatabla y algunas veces episódico, no es estrictamente lineal. Al contrario, propone una estructura de bucle donde varios umbrales sirven como puntos de contacto entre varios momentos alejados en el tiempo, pero unidos por el peso de su significado en el escenario final de la historia. Las imágenes de constantes saltos al vacío, lluvias de cuerpos, descensos constantes a lo terrenal, su silueta recortándose contra el sol y alejándose para siempre en la mirada de su amante, umbrales todos que no sólo permiten que la historia avance, sino que sobre todo la hacen posible, la permiten concebir como una. El uso de la tercera persona es una decisión formal que facilita esta estructura. Gracias a ello, la de *Antonieta de muchos nombres* es esencialmente una historia que descrea de la visión teleológica que ubica sin remedio a la protagonista como víctima ineludible de sí misma. El final es el mismo, por supuesto: Antonieta se mata, pero otras escuchan el pistoletazo para no mirar nunca más hacia atrás y sumergirse de nuevo en lo que había antes de la narración de la nación, ese pozo, esa otra letra. No es difícil imaginar al autor de la novela, conjeturo, tratando de encontrar una manera de darle voz a todo aquello, siguiendo el mismo camino que Febvre intentó con Lutero: encontrar en el relámpago tremebundo el umbral que le enseñó al reformador el camino.

Finalmente, *Antonieta de muchos nombres* propone una reflexión sobre la escritura más allá de su anécdota, reflejando el prurito de la protagonista que constantemente encuentra en la promesa de la escritura un motivo para seguir. La biografía es una curiosa forma de la novela de misterio en donde el crimen se encuentra al final y el asesino es de todos conocido. Antonieta Rivas Mercado sigue escribiendo desde esta inscripción que hace Carlos Mario Mejía Suárez de su

figura y circunstancia. Este gesto, trivial en tantos casos, apunta en éste y en virtud de la figura de la que se ocupa y de la manera en que lo emprende, a un arco conciliador entre

la letra y aquello a lo que alude. Un gesto que nos permite imaginar por un instante el rostro elusivo de ese otro ángel: el de Benjamin.